



La fecha del primero de mayo ha quedado íntimamente asociada al día internacional de los trabajadores, en que se celebra cada año una jornada de lucha reivindicativa a favor de la clase trabajadora, en conmemoración a los mártires anarquistas de Chicago muertos en el año 1886. La intención de cristianizar esta celebración, como había sucedido en tantas otras ocasiones a lo largo de la historia del cristianismo, fue lo que llevó a Pío XII, en el año 1955, a instituir la festividad de S. José Obrero, que habría de celebrarse en este mismo día del calendario. Con ello se intentaba celebrar la fiesta del trabajo, pero dentro de un contexto más amplio y por supuesto con las connotaciones cristianas correspondientes. Los deseos del Papa eran convertir el día del trabajo en una festividad cristiana, bajo el patronazgo de ese trabajador ejemplar y universal que fue el carpintero de Nazaret ¿Quién mejor que él podía personificar las esencia y aspiraciones del mundo laboral? Por muchas razones, bautizar esta celebración era visto como una necesidad y además urgente. Frente a las fuerzas marxistas arrolladoras del momento, era preciso demostrar al mundo que la Iglesia no estaba de parte del capitalismo, como interesadamente algunos pretendían hacer creer, sino que ella tenía por modelo a una humilde familia de Nazaret, que se ganaba el sustento diario con el sudor de su frente. De ninguna manera podía permanecer indiferente ante los graves problemas que venía padeciendo el mundo laboral. Aunque solo hubiera sido por esto quedaba ya justificada la introducción en el calendario la festividad de S. José obrero, pero es que había mucho más.

Por supuesto que era obligado tener en cuenta las aspiraciones reivindicativas del mundo obrero y trabajar infatigablemente a favor de conseguir mejoras laborales de todo tipo, pero desde la perspectiva cristiana esto era insuficiente, se necesitaba colocar al humilde obrero de Nazaret en el centro de operaciones de todo este entramado y tomarlo como modelo a imitar. En general y salvando las distancias, la situaciones por las que tuvo que pasar el carpintero de Nazaret no fueron muy distintas a las de un trabajador cualquiera de nuestros días. Seguramente su trabajo no fue remunerado como merecía, seguramente tuvo que soportar jornadas agotadoras de sol a sol, sin duda su trabajo a veces como sucede ahora sería precario, a veces se vería obligado a trabajar en condiciones inhumanas o incluso quedarse en el paro, sin tener ningún tipo de seguros que cubriera sus necesidades más elementales, con dificultades incluso para hacer

frente a alguna desgracia imprevista y aun así, ahí tenemos a este trabajador ejemplar sin perder la paz, a quien todo el mundo hubiera querido que le realizara su encargo, dispuesto en todo momento a hacer la labor a él encomendada con plena responsabilidad y a plena satisfacción.

El hecho de que el pobre carpintero de Nazaret soportara pacientemente todas inclemencias laborales, que le afectaron a lo largo de su vida, no quiere decir que nosotros los cristianos, que le tenemos a él como ejemplo, nos crucemos de brazos ante situaciones de flagrante injusticia y no hagamos nada por remediar la situación. Claro que tenemos que comprometernos con las reivindicaciones laborales justas y hacerlo con ánimo redoblado, porque de no ser así no seríamos cristianos de verdad. Naturalmente que debemos sentirnos obligados hasta dejarnos la piel por conseguir que un salario cuando menos pueda garantizar una vida digna. La defensa de unas condiciones laborales dignas, se hace imprescindible en la función evangelizadora de la Iglesia de hoy. Es cuestión de pura coherencia. Luchar por un trabajo y sueldo dignos es luchar por la dignidad de las personas que está en el centro de todo cristianismo.

Después de haber asistido al estrepitoso fracaso, tanto de las ideologías marxistas como capitalistas, después de que los trabajadores han experimentado en sus propias carnes el engaño de unos y la explotación de los otros, la celebración de la festividad de S. José obrero nos abre las puertas a la esperanza y nos permite pensar que es posible un sistema laboral humanizado y justo, inspirado en la dignidad de las personas, proveniente de su condición de hijos de Dios. “Ha llegado la hora, nos dice Francisco, de construir juntos la Europa que no gire en torno a la economía, sino a la sacralidad de la persona humana”.

Con ser importante la cuestión económica en el mundo laboral, que yo no lo discuto, la cuestión trascendental es encontrar la forma de santificar nuestro trabajo como lo hizo el artesano de Nazaret. Con sus santas y encallecidas manos bendecía todo lo que tocaba, con las gotas que caían de su frente amasaba todos los días María los panecillos que servían de sustento a la sagrada familia, con los cansancios y las fatigas fue tejiendo José la gran obra del espíritu. Que sea San José Obrero, quien convierta el trabajo en una fiesta cristiana. ¡Ningún valedor e intercesor mejor podían tener los trabajadores del mundo, que éste varón justo de Nazaret!

Después de haber asistido al estrepitoso fracaso, tanto de las ideologías marxistas como capitalistas, después de que los trabajadores han experimentado en sus propias carnes el engaño de unos y la explotación de los otros, la celebración de la festividad de S. José obrero nos abre las puertas a la esperanza y nos permite pensar que es posible un sistema laboral humanizado y justo, inspirado en la dignidad de las personas, proveniente de su condición de hijos de Dios. “Ha llegado la hora, nos dice Francisco, de construir juntos la Europa que no gire en torno a la economía, sino a la sacralidad de la persona humana” (Discurso al Parlamento Europeo, 25 de noviembre de 2014).